

1

BEGIN THE BEGUINE

Me llamo Laia y estoy cayendo al vacío.

Bueno, no exactamente cayendo.

Aún asciendo.

Sí, por el momento me elevo a los cielos, como en un sueño en que a voluntad y sin límites, emprendo el vuelo para ya nunca descender más a tierra.

Pero me temo que esto no es un sueño.

Estoy de verdad en el aire.

Y de momento, sigo subiendo, sí.

Pero solo van a ser unos segundos.

Luego, porque no hay más remedio, mi cuerpo obedecerá la ley de la gravedad y empezaré a caer.

¿Dónde me estrellaré?

Hace unos meses, tenía una vida normal, estable, feliz.

Una casa, un trabajo, una familia orgullosa de mí.

Buenas amigas.

Un novio maravilloso.

Hoy estoy a punto de perderlo todo.

Porque descubrí que, a veces, en la vida, hay que saltar al vacío.

El problema es saber si cuando caiga...

...habrá alguien ahí abajo para recogerme.

NO MORE LOVE

¿Qué?

¿Cómo?

¿Barcelona, ciudad del amor?

What?

A ver, de primeras, es difícil de tragar. ¿París? ¡Por supuesto! Nos lo han dicho mil veces los americanos en películas, novelas e incontables videoclips, desde *French Kissing* hasta *Al final de la escapada*, pasando por *Amélie*, *Antes del atardecer*, *Los soñadores* e incluso *La La Land*. Las agencias de viajes nos lo meten por los ojos. Los *instagramers* e *influencers* lo recomiendan con posts patrocinados. Y los anuncios de perfume lo confirman: París es amor, y el amor en París es dar paseos al atardecer por las riberas del Sena, poner un candado de acero en uno de sus viejos puentes y, por supuesto, declararse en lo alto de la torre Eiffel, para sentir en la cima de la ciudad el amor más profundo que se puede sentir gracias a AirBnb.

¿Y Nueva York? Sí, la Gran Manzana también es una ciudad del amor, de eso no hay duda. Porque si París es primavera, Nueva York es la calidez invernal. La que se otorgan dos manos en un mismo bolsillo paseando por el frío Central Park. Es sentir el roce de una bufanda de lana bajo el alumbrado bermellón de la Quinta Avenida en Navidad. Es alzar la vista hacia las altísimas cumbres de los rascacielos de una ciudad que se decora a sí misma con brillos y nieve urbana. Es declararse el amor en la cúspide del Empire State, como Meg Ryan y Tom Hanks en *Algo para recordar*. Y por qué no, es un amor intelectual y torpe, como el de Woody Allen y Diane Keaton incapaces de entenderse en *Annie Hall*, un amor cotidiano como el de *Cuando Harry encontró a Sally*, es un

amor de promesa y desgaste, de desgarros y dulzuras, como el de *Blue Valentine*.

Quizá podría hablarse de otras ciudades del amor, claro.

Como el gris Berlín, que tan bien le va a los amores *millennials*, alternativos, viajeros, fugaces, de Erasmus, cabarets, canallas, de Alexanderplatz y okupas.

Quizá también Río de Janeiro, con su amor de carnaval, de baile frenético, de samba sensual, de fiesta frutal, de cuerpos calientes y libertades solo para el turista.

Puede que Venecia, nocturna, enmascarada, laberíntica, de aura nublada y notable, misterioso feudo de Casanova.

Hasta puede que Sevilla lo sea, con sus jaleos, jardines y jaranas, navajas, gitanas y jarchas; o puede que Montecarlo, hecha de joyas, casino, cochazos y yates, o Brujas, o Roma, o Kioto, o Buenos Aires, Dublín, Estambul...

Pero... ¿Barcelona?

¿Barcelona, la de los alquileres desbocados, los fondos buitres y la gentrificación rampante? ¿Esa ciudad invadida por turistas desatados, gañanes, incívicos, ruidosos y bebidos? ¿La capital de los narcopisos, prostitución a plena luz, inseguridad cotidiana? ¿Manifestaciones por doquiera, tráfico masivo, ruido insoportable, espesa contaminación, suciedad irremediable, top manta, patinetes tiburones, transporte público deficiente, imposible aparcamiento y un largo —larguísimo— etcétera?

¿Cómo puede ser Barcelona una de esas ciudades del amor?

Lo cierto es que, reconozcámoslo, las villas arriba citadas son románticas cada una a su manera, pero también son un tanto... cliché.

Si buscamos el amor de las guías de viaje, el romance *made in Hollywood*, la foto mil veces repetida para la red social de turno, lo cierto es que todas esas ciudades son bastante *mainstream*: uno de los pecados veniales que el mundo actual ya no, no puede perdonar.

Lo importante hoy en día es llegar antes que los demás: el restaurante donde se cena a oscuras, la cala que solo un puñado de amigos conocen, el pueblo del primo de tu primo de tu primo en el que no hay casas rurales sino que te alojas en ca la Pepa, en que no hay restaurante sino casa de comidas y a donde no se llega por carretera, sino por camino de cabras.

¿Molan? Pues responde a estas preguntas: ¿ha salido en la Guía el Ocio? *Duh*. ¿Estaba en la lista de las diez calas más bonitas de España según los lectores de *El País*? Qué *loser*. ¿Aparece en alguna web de “Pueblos con encanto”? *Llegas tarde*.

Pero veamos, ¿y si Barcelona, *avant-garde* en tantas épocas de su historia (modernismo, urbanismo, diseñismo), estuviese haciendo historia de nuevo, esta vez en la vanguardia romántica? ¿Y si fuese una ciudad donde vivir nuevas formas de quererse, relacionarse, abandonarse, hacerse el amor, engañarse, la ropa arrancarse, mal mentirse, ligarse, prometerse, casarse, divorciarse y volver a empezar?

Es más: ¿y si esto llevase ocurriendo décadas? ¿Y si en las largas avenidas del Eixample, en la cálida Gracia ortogonal, y si en las estrecheces de Ciutat Vella o en la callejera Barceloneta hubiese historias, estéticas, prácticas y secretos románticos que ninguna otra ciudad del mundo pudiese albergar?

Hagamos una prueba.

Elijamos un tiempo: otoño.

Y un lugar, uno de sus barrios, Gràcia.

Dejemos volar el dedo sobre el mapa; cae sobre la plaza de la Virreina.

Fijémonos en la gente que la puebla; en aquella adolescente que hizo el amor por primera vez hace unos días y aún no se lo cree. En esa pareja joven que se han conocido por Tinder y aún no se han visto (ella creía que él iba a ser más alto y él pensaba que ella iba a ser más delgada, pero aún así durarán doce años). En aquel señor que lo daba todo por perdido y gracias a las pastillas azules aún tiene esperanza de arrasar en el casal de gente mayor, o... en aquella chica.

Sí, aquella treintañera que camina, o más que caminar, casi baila, pues marca el ritmo a taconazos y murmulla la canción que escucha con sus grandes auriculares, y se contiene, se reprime, disimula, porque le cuesta horrores no ponerse a bailar allí, delante de todo el mundo.

Sí, esa mujer nos servirá para nuestro estudio.

Veámosla entrar en una tetería, cómo se quita los cascos y saluda a un grupo de amigas que la recibe con besos y abrazos, y mientras piden su consumición, repara en la banda sonora del local, que canta una emisora de internet que

reproduce temas horteras y no por ello menos clásicos de la música de baile discotequera, música que, aparte de ella, quizá nadie escucha de verdad.

¿Cómo que nadie? ¡Pero si es un temazo!

Reparemos en que esa chica es la única entre todas la personas del bar que mientras conversa mueve discretamente el talón al ritmo como si fantaseara, sin atreverse, en realidad, con empezar a bailarla.

Pues claro, y a veces hasta muevo un poco los hombros al ritmo de la música.

Se llama Laia, como su abuela materna, una gaditana que en realidad se llamaba Eulalia; le gusta llevar su nombre porque era su yaya favorita, pero prefiere y agradece que se lo pusieran en catalán porque en castellano la verdad es que suena vetusto. Morena y con melena, no pierde el hilo de la música, y a la vez sin, perder el *flow*, atiende a sus amigas.

Son cuatro compañeras de trabajo (Neus, Penny, Regina, Clarita) con las que siempre que puede se toma algo y se ponen al día, habitualmente en esa tetería, a la que Laia terminó arrastrándolas por estar cerca del trabajo, por el té pakistaní y, como decíamos, la terrible banda sonora, pero que se baila tan ricamente cuando la fiesta y dos copitas le quitan a una la vergüenza.

También estoy más a la música que a la conversación porque, como tantas veces, mis amigas discuten de un tema del que, sinceramente, tengo poco que opinar, decir o añadir.

Las cinco son funcionarias y trabajan en bibliotecas del centro; se han ido conociendo en traslados sucesivos, reuniones y jornadas de formación y han formado un grupo de amigas que no puede ser más variopinto en gustos, aficiones, aspecto y trasfondos familiares, y quizá por ello, se aprecian, comprenden y escuchan mutuamente.

Ese tema del que hablan es el amor. Bueno, o más concretamente, el ligoteo.

—Pues lo mires como lo mires, ¡joder! —subraya Penélope haciendo una leve pausa y buscando los ojos de las demás— tener pareja es un coñazo.

Laia mira a su amiga, Penélope, “Penny” para todas desde el primer día, con cierta pena.

La buena de Penny. Todo lo que tiene de bruta lo tiene de noble y de maja. Y es tan vehemente porque lo acaba de dejar con su chico, Andreu. Llevaba con él unos tres años, y la verdad es que parecía que este era el bueno.

—Y no dan más que problemas —prosigue Penny, hablando más para sí que para ellas—. Tanto tiempo perdido con una sola persona, ¿para qué? Para apalancarte y dejar de vivir la vida. Ahora mira, quedo con uno y rápidamente veo si pasa el corte... Porque tíos de verdad ya quedan pocos y no estoy para imbéciles, vainillas y niños. Si el chorbo me gusta, perfecto, me da para dos o tres empotes. Y si no me funciona, pues puerta, incluso antes. Ahora estoy soltera, soy dueña de mi vida y yo decido: a la primera queja, mira, chaval, que paso de tu cara, adiós y que pase el siguiente. —Penny mira su móvil—. De hecho, voy a llegar tarde a mi cuarta cita de esta semana... y eso que estamos a miércoles. ¡Camarero! ¡Hey! Joder, no me ve...

—Penny, querida... —interviene Neus, sentada frente a ella—. Me sabe muy mal que te haya pasado esto con Andreu. Pero estarás de acuerdo en que se os veía venir.

Ahora habla Neus, el perfecto opuesto de Penélope: cabello oscuro, siempre recogido con esmero en un moño impecable, collar de Masriera y en muñecas y dedos, nada que no sea oro. Siempre (siempre) lleva blusas y nunca (nunca) ningún tipo de camiseta. La mayor parte de las veces, falda por la rodilla y tacón bien alto, del que yo no recuerdo ni haberme intentado probar.

—Deja de perder el tiempo —prosigue Neus— y busca un hombre con medios. Que te cuide. Que te dé lo que te mereces. Cásate a lo grande. Es la única forma de que una pareja dure y de vivir con una cierta elegancia. En fin —Neus mira su reloj—. Yo también tengo que irme, o no llego al Liceu. Perdona, camarero... Vaya, no está muy atento que digamos...

—Tíos para arriba, tíos para abajo... Si no nos sirven para nada. Bueno, sí, reconozco que para una cosa sí que son necesarios. Para donar semen.

Esa es Regina, que está en pleno cambio vital, tras años de activismo y lucha contra el sistema. Estudió Filosofía en la UB, y siempre fue parte de los movimientos "radikales", indupes y okupas de Barcelona, en primera línea de cualquier manifes-

tación en defensa del Banco okupado, las acciones antituristas, las protestas por el caso “Ciutat Morta” o llevar el puesto de libros de Traficantes de Sueños en Sant Jordi. Pero ahora quiere ser madre.

—Solo hacen falta para tener un crío —prosigue Regina, hablando consigo misma y, en realidad, con todas—. Y lo poco dispuestos que están a ello. Al crío, claro, no a meterse en la cama con una. ¡Camarero! ¡Camarero! Oye, nada, que no nos ve...

—Hombres. No. Por favor. Nunca más —dice una voz aflautada.

Esa es Clara, o más bien Clarita; tan delgada, pequeña, o más bien, con todo el cariño, tan esmirriada y poquita cosa. La pobre podría pasar por una moderna de las que se visten como abuelas si no fuese porque siempre, desde que tenía siete años, había vestido así, con ropa de mercería de la que se enumera con diminutivos: falditas de tablas y vestiditos de flores, blusitas blancas y rebequitas de cachemira, collaritos de perlas y gafitas demasiado grandes, demasiado gruesas.

—Hombres no. Nunca más. Lo prometo. Camarero... Camarero... —dice Clara, casi se diría que sollozando.

El móvil de Laia, sobre la mesa, vibra al entrarle un mensaje. Solo entonces las tres amigas se vuelven hacia ella, como si se dieran cuenta de que está allí. Laia desbloquea el móvil y lee:

ALBERT: Te queda mucho? Tengo el episodio listo ;-)

Laia sonríe encantada, guarda el móvil e inmediatamente levanta el brazo:

—¡Camarero!

Inmediatamente, y sin que Laia hablase más alto o claro que sus amigas, el camarero, un cubano macizorro apodado Willy por amigos y parroquianos, se vuelve hacia ella con su mejor sonrisa y empieza a recoger tazas y platos.

—Dime, mi amor, ¿qué te falta, qué necesitas? Que yo te lo pongo todo-todito encantado y en bandeja.

—Eh... La... la cuenta es suficiente. Por favor.

—¿No quieres también mi corazón en almíbar, mi amor? Que mira que lo tengo, dulce, pero bien dulce...

—Em... Con la cuenta nos vale... Gracias.

Y mientras el camarero se va moviendo la cadera con salsa y sonrisa, el trío se propone sonrojar a Laia.

—Qué fuerte...

—Siempre igual...

—A la que está pillada...

—Ya le vale...

—La mosquita muerta, ahí sin decir anda...

—Anda qué...

Laia saca el dinero de su té, lo cuenta, lo deja sobre la mesa, mientras trata de no mirarlas, escondiendo una sonrisa que, pese a todo, muestra un cierto halago.

—Qué tontas sois todas y cuánta imaginación tenéis —concluye.

Pero justo en ese momento, el camarero vuelve y deja el tique frente a ella, yéndose con una sonrisa aún más grande. En el envés, claramente visible, su número de teléfono.

—Te lo dijimos...

—Para que veas...

—Pero qué fuerte...

—*Miralá*, tan callada...

Laia, riendo, se escabulle hacia la calle, ocultando sonrojo, sonrisa y palabra.

Porque, se dice,

¿Qué puedo hacer o decir en una situación así?

Los chicos, el ligoteo, el Tinder, las relaciones; nada de eso me importa un pito.

Tengo novio y hace mucho que no me hace falta nada más.

La palabra *swing* es difícil de traducir, pues se aplica más a una sensación que a algo más concreto. Es un ritmo, una cadencia, un movimiento, un tempo musical, un encaje del cuerpo con la música al bailar. Hay quien lo ha definido como el paso de *boom-chick, boom-chick, boom-chick* a *chikta-boom, chickta-boom, chickta-boom*.

© del texto: Salvador Rubio Gomez, 2024
Fotografía de la cubierta: Shlomi Platzman
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2025
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-19884-76-3
DL: L 42-2025
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.